

# MEDICAMENTA



REVISTA QUINCENAL DE ESTUDIOS  
Y TRABAJOS PROFESIONALES DE CIENCIAS MEDICAS



DIRECTORES

Prof. Dr. EDUARDO GARCIA DEL REAL ■ Prof. Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO  
Catedráticos de la Universidad de Madrid. De la Real Academia de Medicina. Instituto de España.

Fechas periódicas de aparición: 1 y 16 de cada mes. Franqueo concertado. Número suelto; 1,50 ptas.

Redacción y Administración: INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID, Rios Rosas, 37. - Tel. 42263

TRABAJOS ORIGINALES  
DOCTRINA E INVESTIGACIÓN-PRÁCTICA CLÍNICA

## SINTESIS HUMANA EN LA FISIOPATOLOGÍA DEL DOLOR

por el

Profesor Dr ALFONSO DE LA FUENTE CHAOS  
Catedrático de Patología Quirúrgica.

A la luz de los conocimientos actuales creemos está indicadísimo el viraje hacia una nueva Patología humana, pero ésta ha de realizarse también en las llamadas ciencias fundamentales, dado que la terapéutica, y de un modo especial la quirúrgica, se basa en los conocimientos por ellas proporcionados, y, siendo erróneos en cuanto al fin real del hombre, pueden plantearse perfectamente y obtener resultados mediocres y aun descalabros.

Aplicándolo al estudio del dolor, vamos a intentar un ensayo de esquematización anatómica humana, aun convencidos de que, como todo ensayo, tendrá puntos fáciles a la crítica.

Hemos afirmado, y esto sin dubitación alguna, que el hombre tiene una sola vida (el antiguo concepto vegetativo) y que ésta ha de aplicarla por imperativo divino al logro de un destino, lo que le proporciona una personalidad. Es decir, que el ser vivo, anónimo como tal en la especie humana, se personaliza en cuanto dedica su biología al servicio de una misión.

Toda su vida se desarrolla tisularmente, o aun mejor, celularmente, gozando sus células y tejidos de autonomía biológica, como lo demuestra la posibilidad de continuar viviendo en forma aberrante, natural o artificial; ahora bien, para que las células, tejidos y órganos desarrollen su vida conforme a un fin, se hace precisa la presencia de un órgano rector: el sistema nervioso.

Queda bien claro la ineficacia del sistema nervioso como sistema vital; los cultivos celulares de CARREL son claro ejemplo de ello, y, sin embargo, esta vida, para ser humana, precisa de un sistema nervioso que la unifique y la proyecte en busca de la personalidad.

En primer lugar, el sistema nervioso tiene como misión unificar la vida autónoma de los tejidos para darle categoría de ser; a esta parte del sistema nervioso que integra la unidad vital del ser le hemos

dado el nombre de sistema nervioso vital o sección nerviosa del sistema vital, cuya otra sección está formada por el sistema endocrino, que colabora unívocamente en la unidad vital mediante mensajeros químicos de transporte humoral.

Quando esté sistema se personaliza en el mundo exterior necesita la adquisición de medios para conocerle y poderle dominar; este conocimiento nos es proporcionado por los órganos de los sentidos, cuyos aparatos terminales son ventanas abiertas al exterior, y por el sistema locomotor, que nos permite el desplazamiento, buscando nuevas facetas o nuevos ángulos de reconocimiento.

Para correlacionar estas ventanas sensoriales y los movimientos del sistema locomotor en unidad de misión, precisa un sistema nervioso al que se había dado autonomía y cuya integración se había fijado en la corteza cerebral.

Pero esto no es cierto. Con todo lo anterior, el hombre no pasa de un ser vivo que se mueve en el espacio y del que capta aquellas impresiones que le auxilian en el desenvolvimiento de su vida.

La existencia de un sistema locomotor y de órganos sensoriales abiertos al exterior no implica cambio fundamental alguno en el ser vivo, porque no son capaces de elevarle jerárquicamente por la creación de funciones de orden superior.

La supervelocidad en la huida, la aguda mirada e incluso el mimetismo terrenal, aun cuando se perfeccionen en grado extremo, no confieren personalidad alguna a quien los posee, porque son simples progresos en los medios auxiliares de supervivencia. En los primeros eslabones de la escala animal estas reacciones ante el mundo exterior son puramente defensivas, y a medida que se eleva la evolución filogénica aparece en mayor o menor profusión el sistema de efectos e instintos que permite al animal la supervivencia, no



sólo por reacciones defensivas, sino buscando aquello que le es útil (instinto) o grato (afecto), pero sin que en la creación o desarrollo de los actos derivados de aquéllos intervenga un proceso consciente, sino el resultado de una herencia histórica de reacciones perfeccionadas.

La velocidad de la gacela o el sagaz olfato del perro no son fruto de un entrenamiento consciente hacia un fin determinado, sino la perfección de una adaptación ambiental; igualmente la atracción de la perdiz hacia el «grato» sonido del reclamo y la del cerdo hacia la laguna cenagosa, rehuendo una u otra la armonía musical de un violín y el arroyo claro, indican que estos efectos son pura manifestación exterior de la más pura biología, porque en sus relaciones sexuales la perdiz, y en su nutrición el cerdo, «necesitan» del canto y de la suciedad, respectivamente.

Para que el hombre pase de ser vivo a la categoría de persona es preciso que en su constitución exista algo, patente materialmente, que le confiera ese privilegio, y ello nos ha sido dado por la presencia de la psique.

Todos los actos que el hombre realiza en su proyección vital al mundo exterior no obedecen al sistema de efectos e instintos, sino a procesos psíquicos, aun cuando la aparente intrascendencia de alguno o su realización casi automática haya hecho creer en una ausencia de supeditación a la conciencia.

Todos los darwinistas, en una u otra forma, han pretendido escamotear esta gran verdad, y para justificar la superior «animalidad» del hombre, seguirían dos procedimientos: buscar en las reacciones instintivas o afectivas de los animales atisbos de procesos psíquicos o, por el contrario, demostrar que las funciones humanas más elevadas son fruto de una obligada perfección ante las exigencias del mundo exterior.

Se hace por sí sola la crítica de las doctrinas mecanicistas y fisiopatológicas que consideraban la vida humana como un mundo de efectos donde sólo interesaba el conocimiento fenoménico y el de las leyes que regían su determinismo.

En cambio, tiene interés extraordinario la interpretación y el conocimiento de los biólogos modernos, porque sus mandamientos son la fuente de las modernas escuelas de la Patología.

Para evitar una enojosa difusión del fin que perseguimos, vamos a comentar exclusivamente el pensamiento de dos escuelas médicas de renombre universal: una, internista, la de L. R. MÜLLER, y otra, quirúrgica, la de CRILE, complementándolo con una ligera crítica del psicólogo biólogo ALFRED ADLER, creador de la psicología individual, que ha influenciado grandemente el curso de la Psiquiatría moderna.

Para los biólogos modernos (VON UEXKÜLL, junto al mundo de los efectos, con sus leyes determinantes, inspirador casi absoluto de la vertiente científica de la Patología, existe un mundo de percepciones, origen en el hombre de los sentimientos más elevados: bondad, sentido estético, voluntad, etc., creando incluso una moral, signo de perfección en las relaciones del hombre con su mundo perceptible, si bien dan un gran paso hacia adelante cuando afirman que la vida espiritual humana precisa la existencia de un poder que gobierna conforme a plan y aspira a un fin.

Análoga expresión encontramos en Adler, admitiendo que la vida del alma está determinada por un objetivo. «Ningún hombre puede pensar, sentir, desear ni soñar sin que todo esté determinado, condicionado, limitado, seleccionado, dirigido por un objetivo.»

Otros postulados básicos de la doctrina adleriana son: la supeditación de la existencia del alma y de

la vida anímica a la presencia de movimientos (los vegetales no tienen vida anímica), la existencia de un determinismo sólo aparente en aquélla y el que permanece en dirección invariable hacia la consecución del objetivo en lo que es fundamento, variando exclusivamente en su formación externa, es decir, lo fundamental.

Medicamente, nos interesa de esta doctrina: a), correlación entre vida anímica (para nosotros expresión formal de la personalidad) y sistema locomotor; b), ausencia de un determinismo fijo en las funciones de aquélla, y c), posibilidad de conocer al hombre y a su patología mediante el conocimiento de las vivencias infantiles que permanecerán invariables a lo largo de la vida.

Los errores de esta doctrina, culpables de otros análogos en la Medicina, son:

a) Admitiendo la existencia de una vida extramaterial no sujeta a determinismo fijo, definirla como un movimiento mecánico fácilmente medible y regulable.

b) Al no definir lo que es «el objetivo» de la vida humana, queda el hombre como un animal con matices de diferenciación en sus relaciones exteriores; y

c) La evidente contradicción cuando quiere deducir aplicaciones diagnósticas en el campo de la Patología, dado que esto ha de hacerse con el conocimiento de la psicología individual, la que a su vez depende de las vivencias somáticas heredadas.

Más interés tiene la crítica a la concepción de MÜLLER, sin duda la más grande autoridad científica en el conocimiento de lo vital humano.

Tras la acertada denominación de sistema vital al antiguo sistema vegetativo, se queda sin intuir lo que es la vida, dando este nombre a lo que no es sino expresión formal de nuestra existencia espacial, sin comprender que no puede ser vida la función social, como no son energía las piezas obtenidas en una fresadora, sino resultado de la aplicación de aquélla sobre una materia prima.

Al conceder una absoluta independencia a los dos sistemas nerviosos, de relación y vegetativo, admite la existencia de dos personalidades y considera esencial la personalidad profunda porque rige «la totalidad de los impulsos vitales primitivos, las sensaciones vitales, los efectos y los instintos», afirmando que «todas las funciones animales, todas las percepciones sensoriales y todos los movimientos se desarrollan con la finalidad, modalidad y rapidez peculiares que les imprime la personalidad profunda, por lo cual se les reconoce como pertenecientes a la misma y única persona».

¿Es posible que MÜLLER no se dé cuenta de que jamás pudo reconocerse como de una persona el discurso hablado o escrito por la velocidad o tono de la dicción o por la posición adoptada en el segundo?

¿No comprende que la personalidad del que habla o escribe nos es dada por la ironía en la expresión, lo profundo del pensamiento o la fácil concepción, sin que en todo ello intervenga el número de pausas respiratorias, la tensión arterial, el quimismo gástrico o el instinto de la muerte?

Nada tiene de extraño que con este concepto ponga la llamada «vida de relación» al servicio de la supervivencia humana. Sin embargo, ¿qué forma más errónea de pensar y de escribir!; jamás el hombre hizo cosa alguna durante su existencia pensando que era preciso para pervivir.

Cuando come, salvo el caso particular de orden médica, lo hace porque siente apetito, y no por mandato cerebral, y el apetito no es sino la llamada de su sistema vital, independiente de su «vida de relación», aun cuando para ello ponga al servicio de tal

función vital (digestión) los mecanismos exteriores complementarios: adquisición de alimentos, preparación, etc.

Por el contrario, cuando ejerce un oficio o profesión, lo hace por triunfar, mejorar de posición o simplemente por el convencimiento natural de que tiene que trabajar, pero nunca porque su organismo manifieste en forma alguna la necesidad ineludible de hacer libros, partir piedras o curar enfermos para poder subsistir.

La alimentación es una necesidad vital, y es percibida y realizada por el sistema homónimo; la profesión es una forma de la personalidad, y por ello, no sólo es realizada por los componentes de este sistema, sino que es concebida desde su iniciación.

Si MÜLLER, como internista, confiere un predominio absoluto a lo «vegetativo», CRILE, cirujano, se lo otorga a la «vida de relación».

Es curioso que hasta ahora nadie haya señalado esta faceta como raíz auténtica de la antinomia: médico y cirujano, habiéndose preocupado exclusivamente de señalar la modalidad terapéutica como matiz diferencial.

Los internistas ejercen una Medicina meditativa y buscan en lo especulativo y teórico el hallazgo terapéutico, en tanto que el cirujano ejerce una Medicina actuada y encuentra en lo radical y práctico la forma de su proceder.

Frente a MÜLLER, CRILE centra la existencia en la «vida civilizada» como forma superior de la «vida de relación» y crea una Patología *ad hoc*, admitiendo que lo vegetativo está al servicio de aquella, para lo cual ciertos órganos trabajan con exceso y serán el asiento del mayor porcentaje de lesiones.

Aparte de los errores científicos que supone la integración en unidad de sistema a las suprarrenales, tiroideas, simpático y lóbulo frontal del cerebro, lo grave para un futuro de la Patología y de la misma Cirugía es creer que el predominio del sistema cinético es obligado y llegará a la deformación o desaparición de la especie, forzando con ello a una terapéutica mutiladora que puede ser tan perjudicial como las mutilaciones derivadas de la Patología de VIRCHOW o del concepto funcional cuantitativo.

Por fortuna, es fácil llevar a la mente de los cirujanos que siendo la civilización creación del hombre, la adaptación le ha de ser fácil, y que la Patología actual, por inadaptación, no llevará consigo desagradables herencias filogénicas.

En suma, ADLER, MÜLLER, CRILE y todas las actuales concepciones de la Patología suponen un desconocimiento del hombre, y sus visiones unilaterales empuñan el campo de acción médico, agotando rápidamente las perspectivas de ensanche, porque reducen la biología humana y su personalidad al concepto de animal superior.

Por otro lado, tampoco es posible la lectura interminable de correlaciones anatómicas y funcionales para esquematizar la Patología en crucigramas de orden local, acordándose de la coordinación únicamente para explicar o justificar un síntoma aberrante.

Si el hombre es unidad, lo ha de ser igualmente en el estado hígido y en la enfermedad, y sobre ésta podrá actuarse, no sólo con criterio etiológico o lesional, sino indirectamente sobre órganos o funciones que modifican la adaptación del organismo al agente patológico.

Hasta aquí hemos esbozado el estado actual, con los aciertos, errores y lagunas de una ciencia plurimizada por la obligada carencia de normas fijas.

Esto es lo que nos ha movido a trasladar nuestro concepto del hombre al campo de la Medicina, buscando en él nuevos cauces de investigación y una

mejor comprensión de las enfermedades por un más perfecto conocimiento del enfermo.

Creemos sinceramente que a los cien años de minuciosa disección analítica, fructíferos con exceso, deben seguir, al menos, diez de síntesis conciliadora.

Exhaustas, o muy agotadas, las directrices analíticas, esta nueva visión de los problemas refrescará los espíritus, abriendo nuevas esperanzas frente al pernicioso escepticismo, y si no otra cosa hallamos en este camino, habremos aprendido el respeto que nos merecen los enfermos, no por su condición de seres dolientes, sino por sus cualidades de hombres.

En nuestro concepto, el hombre posee un organismo formado por millones de células, dotadas de vida individual y agrupadas por afinidades diversas en tejidos, órganos y aparatos.

Siendo la vida cualidad específica de la célula, en ella se desarrollan los procesos vitales, que son, en el estado actual de la ciencia, de índole físico-química, necesitando de una doble reposición energética y plástica que mantenga esta biología celular. Para el aporte vital y retirada de los residuos se precisa de un sistema en movimiento (circulatorio), y no teniendo aporte intrínseco ni depósito permanente de residuos depurados, exige una adquisición y eliminación extraorgánica (aparato digestivo, respiratorio, urinario y glándulas de la piel).

Aunque la vida se individualiza en la célula, al constituirse el ser-hombre en unidad morfológica y funcional debe evitar la anarquía de una vida celular autónoma y los evidentes perjuicios subsiguientes, regulando esta unificación vital mediante dos sistemas: uno químico y otro nervioso.

El primero no sólo está representado por los productos del metabolismo celular con acción casi exclusivamente local, sino por sustancias elaboradas específicamente por órganos propios o que actúan, por presencia, a largas distancias, de donde el nombre de mensajeros químicos. Son las hormonas, cuyo conjunto orgánico constituye el sistema endocrino.

El segundo sistema, unificador, está constituido por el sistema nervioso, que dispone de un sistema de comunicaciones propias extendido por todos los confines del ser y una serie perfecta de enlaces que armonicen por integración las misiones individuales que por aquél circulan.

Estos enlaces son las sinapsis, que tienen la particularidad de ir integrando sectores orgánicos cada vez más amplios y complejos, en unidades jerarquizadas a lo largo del sistema nervioso central.

Estos dos sistemas con idéntico campo de actuación tienen distinto origen, conducción y término; de aquí la también distinta actuación funcional.

Lo más interesante en esta diferenciación no es proporcionado por la desemejanza del vehículo o la velocidad conductora de éste, ni aun por la desigual acción desencadenada, sino por el principio rector.

Las hormonas actúan por presencia formal sobre las células, desintegrándose durante el ejercicio funcional, por lo que precisan de una creación constante, y no sufren modificación específica durante su viaje, como no sea la disminución cuantitativa por cesión; en cambio, el sistema nervioso no necesita de creación química alguna, recoge sus estímulos de orígenes diversos en el cotidiano proceso de la Biología y puede modificar su efecto en tránsito mediante la maravillosa sumación central excitadora o inhibidora de las sinapsis.

A partir de los trabajos de LEWIS y DALE, ya señalados, se pretende unificar en el orden químico la cualidad actuante de ambos.

Lo principal es que ambos sirvan a la supervivencia del ser, por lo que nosotros no los consideramos como

dos sistemas distintos, sino como dos secciones de un mismo sistema vital. Con ello no creemos fueran simple expresión publicitaria las palabras escritas por ABELOOS en 1928: «Hay motivo para pensar que los procesos de coordinación que ponen en juego únicamente influencias humorales o influencias nerviosas, excluyéndose las unas a las otras, constituyen una excepción. La mayoría de las veces las dos acciones, nerviosa y humoral, actúan de concierto, y la acción nerviosa presenta la semejanza más grande con la acción del producto endocrino.»

La tesis de independencia, defendida por GLEY y modernamente revalorizada por los trabajos de VERNE y de VILTER, experimentando con hormonas sobre cultivos de células, no precisa de experimento alguno para ser rebatida, sino de exponer las premisas de una lógica elemental.

En efecto, los órganos de secreción interna son, como los demás órganos de la economía, simples agregaciones de tejidos, a cuyas células llegan los estímulos nerviosos, interviniendo su metabolismo, y por ello, la cantidad y cualidad de las secreciones humorales y en igual forma éstas, actuarán por presencia sobre el tejido nervioso como sobre cualquier otro.

Esto último hace que seamos opuestos a REMY COLLIN, cuando afirma la existencia de hormonas específicamente neurotropas y otras específicamente plasmotropas. Para nosotros, todas son plasmotropas, siendo la instantaneidad o retardo en la reacción patrimonio de la célula efectora y no de la hormona excitadora.

Por simple lógica, decimos, es fácil intuir que dos sistemas, con igual facilidad y dentro de un mismo organismo, no sólo realizarán sus trabajos con una perfecta coordinación, sino con metódica división de aquél, no realizando uno lo del otro, salvo en circunstancias excepcionales.

Con un fin pedagógico, y señalando los errores de un símil simplista, podemos comparar el sistema vital del mecanismo de comunicación humana a través de la distancia.

Esta comunicación puede hacerse de dos formas: por medio de carta, que exige una presencia como tal desde el origen hasta el destino, con independencia del vehículo transportador o mediante sistemas en los que la mayor parte del recorrido lo hacen en forma de impulsos, siendo poco importante que al final sea convertido en grafismo (telegrama) o percibido en su forma nativa (teléfono, radio).

La sección química representa la carta y la nerviosa el teléfono, la radio o el telegrama.

Una primera discriminación nos hace ver que la carta es lenta y clásica, es decir, antigua, en tanto que el teléfono o la radio son rápidos y signos de cultura; es decir, modernos.

Un examen más profundo nos descubre lo fundamental: en la carta expresamos con el máximo detalle aquello que deseamos comunicar a nuestro receptor; en cambio, el telegrama, etc., sólo transmite lo fundamental: el sí o el no de un resultado.

Más aún: este sí o no, urgentemente enviados, no tienen otra finalidad que preparar al individuo para la posterior recepción de los detalles. Tan es así, que cuando conocemos la patológica reacción del individuo a los estímulos fuertes, buscamos su adaptación mediante una comunicación atenuada.

La muerte de un familiar común, transmitida telefónicamente como tal, o atenuada como grave enfermedad a un pariente en la lejanía, es simple preparación para evitar los efectos nocivos de los detalles complementarios, enfermedad ocasional, sufrimiento, agonía, etc.

¿Y qué otra cosa hace el sistema nervioso vital

sino preparar al órgano efector para que reaccione adecuadamente a los estímulos químicos?

Esta respuesta adecuada representa el tono orgánico, que es lo permanente del sistema vital, en tanto que esos mensajeros químicos de LEWIS son siempre expresión de una urgencia vital, y su producción no puede ser continua en el organismo. «Recordamos que los hallazgos de simpatina o acetilcolina, por estímulo eléctrico del sistema adrenérgico y colinérgico, no pueden hacernos caer en el error de pretender que ése sea el medio habitual de funcionamiento, dado que la biología celular no precisa, afortunadamente, de estímulos eléctricos o similares en sus nervios aferentes.»

Dejando a un lado esta hipótesis química, tan sugestiva como embriagadora, volvamos a nuestra tesis humana.

Hasta ahora sólo hemos estudiado al hombre en su biología íntima, y ya es hora de colocarlo en contacto con un mundo exterior en el que ha de desplegar esta vida.

Lo primero será la creación de un órgano especial en la superficie de contacto con este mundo exterior que estará capacitado para resistir los insultos de ese mundo y para captar posibles estímulos en él existentes. Este órgano es nuestra piel, y no siendo posible su adaptación a la multiplicidad de impresiones exteriores, se crean con carácter específico los órganos idóneos: ojos, oídos, olfato y gusto, perfeccionado el mecanismo de desplazamiento total (sistema locomotor).

Este conjunto de órganos y sentidos no es otra cosa que una parte del organismo adaptada para cumplimentar su biología en un medio ambiental extravitral, pero rico en fenómenos naturales. Como tal fracción orgánica, forma parte de la unidad del ser vivo y en él se integra bajo el rectorado del sistema vital; al mismo tiempo, como límite espacial de un mundo ajeno, que puede serle hostil, necesita transmitir hasta su intimidad las impresiones de aquél recibidas, siendo transmisor el llamado sistema nervioso de la vida de relación.

Este nombre es impropio, porque la comunidad de existencia en los habitantes del mundo exterior no es motivada por la necesidad de relacionarse entre sí, sino que esta relación es el medio utilizado para cumplir un doble fin: el ejercicio de una función social como destino terrenal y el logro de las materias imprescindibles para la supervivencia de su propio ser.

Decimos que la función social de un hombre está impresa con un sello «personalísimo» y no decimos «vital», y aun el desarrollo de los métodos exteriores para la supervivencia se realiza con una peculiar y no vital actitud, singularizando ambas al ser vivo como persona en la comunidad humana por lo que el sistema nervioso encargado de recibir, transmitir, elaborar y responder en el complejo de esta singularización debe denominarse sistema nervioso de la personalidad, mucho más significativo que el de relación.

Antes mostramos cómo todos los órganos de la personalidad, por su condición de formaciones celulares, no escapan al rectorado del sistema vital; ahora aseguramos que, recíprocamente, no hay sector vital alguno ajeno a la influencia del sistema nervioso de la personalidad, dado que los elementos del mundo exterior pueden forzar las defensas fronterizas y llegar a los más recónditos lugares del organismo.

Vemos cómo el hombre se encuentra «naturalmente» preparado para vivir interiormente y existir en el exterior.

Aquí comienza a aclararse nuestra tesis unicista, mostrando lo erróneo de un dualismo artificioso, y,

ante la comunidad de misión, hablar de correlación anatómica y funcional.

Nada más lógico que mientras el ser vivo es solamente, o de preferencia esto, la inmensa mayoría de sus funciones se centralice en el diencéfalo o cerebro vital, pero al desarrollarse la personalidad el cúmulo de funciones a ella inherentes va postergando el diencéfalo como jerarquía dominante, y como más modernas filogénicamente se colocan en la superficie, creando vías de enlace entre ambos.

Es muy interesante, clínica y terapéuticamente, el conocimiento de estos enlaces anatómicos para desentrañar el problema de la existencia humana, porque el vivir y el existir no se coordinan, sino que son consubstanciales, como el ver y el pensar.

No concebimos la contemplación de un monumento sin la inmediata forja de un pensamiento sobre su belleza, colorido, etc. Mirar sin pensar es no ver.

Igualmente vivir sin existencia personal es no ser hombre.

Esta consubstanciación de la vida y la personalidad necesita de una materialización, y siendo lo que da carácter de hombre al ser vivo, no puede plasmarse en un órgano más, con límites concretos y una fisiología ligera grosera, sino en algo a la vez forma y sutil, presencia y esencia, materia y espíritu: esto es la psique.

La psique gobierna la totalidad del hombre: su vida y su personalidad, pero en tanto para la vida es sólo rectora, en la personalidad es dirección y génesis.

No hay un solo acto humano que no esté gobernado por la psique, y hasta ella llega la totalidad de los estímulos intra y extraorgánicos.

El desconocimiento de esta realidad ha hecho posible que se hable de insensibilidad visceral y de una muda biología tisular.

Todos los procesos que se desarrollan en la intimidad celular transmiten sus impresiones a la psique, y el que no se perciban es debido a la defensiva «insensibilidad» de todo receptor para los monorritmos permanentes y no a que permanezcan enmascarados por la superior potencia de los estímulos exteriores.

Sólo cuando el fisiologismo eleva su tono o se hace patológica la «sensibilidad» tisular se perciben en la conciencia los fenómenos biológicos.

Pero esto sucede lo mismo en el mundo de la personalidad. La piel no parece percibir el contacto permanente con la atmósfera, salvo cuando ésta modifica su temperatura, grado de humedad o aparece el viento.

Diariamente obtenemos análogos ejemplos: la insensibilidad de la piel en las zonas que se exponen a un roce continuo o la pérdida del olor para lo elaborado diariamente, son fiel expresión de lo apuntado.

Tampoco nos será difícil el demostrar cómo desde la otra vertiente, la psique rige la totalidad de las funciones, tanto vitales como de la personalidad, y cómo también la no percepción de esto es fruto exclusivo de un sistema de ahorro.

En efecto, cuando el hombre recibe una noticia agradable o siente temor ante un acontecimiento peligroso, los órdenes psíquicos «preparan» al organismo mediante desencadenamiento de fenómenos correspondientes al sistema vital y al de la personalidad.

Son de todos conocidos las modificaciones que imprimen la alegría o el terror sobre el corazón, la va-

somotilidad, el metabolismo, el tono de la musculatura, la secreción de las glándulas lagrimales, intestinales y sudoríparas, etc.

Pero estas modificaciones, influenciadas por una reacción psíquica, tienen su verdadera génesis en la afectividad, y ésta, como todo proceso subjetivo, cae en el campo vital, mientras que lo puramente intelectual, de índole objetiva, entra en la esfera de la personalidad.

Queremos indicar que en momentos determinados, y por un proceso intelectual, podemos modificar los fenómenos biológicos. Tenemos la evidencia de que un autoentrenamiento metódico nos haría percibir los latidos cardíacos, la motilidad intestinal o el momento de la secreción glandular, y nada difícil nos sería modificar a voluntad el ritmo de estas funciones. Por otra parte, nada nuevo hay en esto último; se han publicado varios casos, y yo he visto un enfermo que variaba voluntariamente, y sin maniobra mecánica alguna, el número de pulsaciones y la presión arterial.

Nada de particular tiene que la psique permita una autonomía casi completa a los fenómenos vitales en tanto no precise variar su ritmo o intensidad en beneficio de las funciones de la personalidad, pues esto no podrá hacernos olvidar el obligado vasallaje.

Por último, si hemos esbozado una diferenciación entre lo afectivo y lo intelectual, nos resta por señalar que para nosotros la psique no puede ser aceptada en el sentido cartesiano como una cosa que piensa, sino tomisticamente considerada como forma substancial en unidad de esencia con la materia viva a la que puede hacer reaccionar contra todas las leyes vitales y contra los lógicos resultados obtenidos en la fisiopatología experimental.

Esta psique o alma pensante nos ayudará a comprender la sublimación religiosa del doctor, incomprendible para el genial escepticismo de Leriche.

En un capítulo posterior esquematizaremos nuestro concepto del hombre, y vamos a terminar este ensayo con una clasificación de la patología humana de acuerdo con lo en aquél establecido.

Lo primero que llama la atención en la Patología es el distinto concepto de la enfermedad en los diferentes pueblos, reflejado en la terminología.

Nos sorprende cómo no se ha intentado hasta ahora (al menos no es conocido por nosotros) un serio estudio sobre este tema, tan lleno de sugerencias, y prometemos hacerlo en ocasión oportuna.

Los pueblos que hacen culto de la belleza corporal en su doble sentido estético y eurrítmico, consideran la enfermedad como un proceso sensitivo y la denominan *maladie* (Francia) y *disease* (Inglaterra y Norteamérica). Representan los pueblos vitalistas y toda su cultura está fuertemente impregnada de este apego a la vida.

Por el contrario, aquellos otros que hacen culto de la personalidad (alma rectora y genética), designan los procesos morbosos con el nombre de «enfermedad» (España) o *infermità* (Italia), indicando que no es una alteración en los sentidos, sino en la firme actitud frente al destino.

Unos y otros no han hecho sino sintetizar su visión unilateral con absoluto desprecio para la ajena, pero esto mismo nos confirma la doble posibilidad de entrar en el campo de la Patología: por alteraciones del sistema vital o aquellas producidas en el campo de la personalidad.